



Asociación Mexicana de Tanatología, A. C.

**LOS NIÑOS Y EL TEMA DE LA MUERTE.
EDUCACIÓN TANATOLÓGICA BÁSICA.**

TESINA

**QUE PARA OBTENER EL DIPLOMADO EN
TANATOLOGÍA**

PRESENTA:

ANA LUISA DURÁN ÁVILA



Asociación Mexicana de Educación Continua y a Distancia, A.C.

México D.F. a 01 de diciembre de 2011

**DR. FELIPE MARTINEZ ARRONTE
PRESIDENTE DE LA ASOCIACION
MEXICANA DE TANATOLOGIA, A.C.
PRESENTE.**

Por medio de la presente le informo que revisé y aprobé la tesina que presentó:

ANA LUISA DURAN AVILA

Integrante de la Generación 2010 – 2011

El nombre de la Tesina es:

**LOS NIÑOS Y EL TEMA DE LA MUERTE.
EDUCACIÓN TANATOLÓGICA BÁSICA.**

**Atentamente
Oscar Tovar
Director de Tesina**

“Cuando uno muere va con aquellos a quienes ha amado”

A todos aquellos con los que algún día iré

A los *xolotls* que han de guiarme

A Emilia, la musa de este trabajo

A mi madre, soporte y apoyo incondicional

A todos aquellos que compartieron sus opiniones y experiencias

A Diana y Tania por su compañerismo y amistad

A Oscar, el primer lector de este trabajo

ÍNDICE

Justificación, Objetivos y Alcance.....	4
Introducción.....	6
El Duelo a Través del Tiempo.....	9
Configuración del Concepto de Muerte.....	14
Ante la Muerte ¿Cómo explicarle qué pasó?.....	19
Reacciones Normales y Reacciones de Riesgo.....	23
Educación Tanatológica Básica.....	27
Conclusiones.....	32
Implicación.....	35
Bibliografía.....	38

JUSTIFICACIÓN

OBJETIVOS Y ALCANCE

*“La muerte sólo será triste
para los que no han pensado en ella”*

François Fenelón

Justificación

El principal motivo para desarrollar este tema se basa en la imperante necesidad de devolver su carácter natural a la muerte, regresar a los tiempos en que la muerte de alguien impactaba en la vida de la comunidad, no como un hecho incomodo, sino como el final de un ciclo. La muerte es inherente a la vida, y el conocimiento de este hecho innegable, es una herramienta para disminuir la angustia y el riesgo de duelos complicados ante una pérdida.

Considero que si los niños reciben información sincera y abierta del tema, serán capaces de moldear una concepción de la muerte más sana, así como una propia espiritualidad, crecerán sin miedo a hablar sobre la muerte y teniendo las herramientas para trabajar el duelo como un proceso más “fácil” y menos doloroso.

También pretendo que sirva como un apoyo a los padres, en esta época en que los niños son bombardeados por mucha información, la cual, por ser más, no necesariamente es mejor, por lo que considero que los padres deben estar preparados para dar una información adecuada, sobre un tema tan básico en la vida, como lo es la muerte.

Objetivos y Alcance

Informar la forma y tiempo aproximado en que se va formando el concepto de muerte durante la infancia, correspondiente a nuestra cultura y educación.

Dar una visión más amplia de cómo hablar de la muerte con los niños, hacerlo más “fácil” y menos un tabú.

Proponer la educación tanatológica como una opción para que los niños lleguen a un mejor entendimiento de la muerte, con menor angustia, negación y resistencia ante el tema.

INTRODUCCIÓN

“Ser el Maestro de la Muerte no es conseguir la inmortalidad.

Es aceptar la muerte, eso es conquistarla”

Albus Dumbledore

Introducción

La muerte es difícil para todos, cuando es intempestiva y/o prematura, cuando es larga y dolorosa, tanto como cuando ocurre la muerte por vejez; sin embargo cada persona vive la pérdida de forma diferente, dependiendo del vínculo que tenía con el difunto, así como con su propio concepto de la muerte.

La intensidad del duelo también depende de la cultura y sociedad en que se viva, por ejemplo, en nuestra cultura las muertes más difíciles de sobrevivir son las de los hijos, incluso no existe palabra que describa la situación del doliente, cuando se muere el cónyuge el sobreviviente se convierte en viuda(o), cuando fallecen los padres el doliente pasa a ser huérfano, y ¿cómo se le llama a los padres que perdieron a un hijo?; a diferencia de culturas anglosajonas en donde es más difícil la pérdida del cónyuge.

Con respecto a nuestro país, se dice que los mexicanos se ríen de la muerte, basándose en la festividad del “Día de Muertos”, lo cual no es del todo cierto, si bien durante esa festividad se recuerda y ofrenda a los muertos, el resto del año se niega la muerte, y es tan ajena, que no existe una educación tanatológica de padres a hijos, y mucho menos existe de forma escolarizada.

La educación sobre la muerte no siempre ha sido un tabú, a partir de la tecnología y los avances médicos, la muerte se fue hospitalizando lo que hizo que se alejara de la realidad de las personas, sobretodo de los niños, a quienes cada vez más se fue alejando del tema y la experiencia, por el temor a que fuera “demasiado” para ellos, sin darse cuenta que, en realidad, para quienes se vuelve más difícil de vivir y explicar, es para los adultos, ya que crecieron durante este alejamiento de la muerte.

Actualmente, los niños cuentan con mayores recursos para asomarse al mundo, a través de la televisión, radio, internet, etc.; lo cual no significa que la información que reciben sea óptima para sintetizar y comprender el mundo en el que viven, recibiendo palabras como homicidio, terrorismo, suicidio, secuestro, cáncer, muerte; necesitan una guía que los oriente

para comprender toda esta información, pero si los encargados de dar esta guía no lo hacen correctamente, dando una explicación simplista, falsa o inadecuada para la edad del niño, este puede terminar con una idea completamente errada de lo que es la realidad, lo cual puede tener consecuencias desagradables en corto, mediano o largo plazo.

En el presente trabajo propongo la integración de la educación tanatológica en la familia, y de ser posible también en la escuela, desde que los niños son muy pequeños, lo cual hará que estos tengan una mejor comprensión de lo que es la vida, a apreciarla, cuidarla y aceptar cuando llega a su fin, sin mitos y sin tabús; no se trata de evitar el dolor y la tristeza que implica una pérdida, sino tener un conocimiento que los ayudará en algún momento de su vida a tener un duelo sin complicaciones.

Para el desarrollo de este escrito, realicé una serie de encuestas a personas de entre 21 y 60 años de edad, para saber cuáles son sus opiniones acerca de la impartición de educación tanatológica en casa y en la escuela, en base a sus propias experiencias ante la muerte y como posibles educadores. Esto durante finales de septiembre, y principios de octubre del año presente.

EL DUELO A TRAVÉS DEL TIEMPO

“Morir no es otra cosa que cambiar de residencia”

Marco Aurelio

El duelo a través del tiempo

La muerte no es algo nuevo para el ser humano, es uno de los mayores fenómenos de este mundo, todo lo que inicia, acaba, todo lo que nace, muere, así todos los seres vivos algún día dejan de serlo. Los seres humanos a través del tiempo han dado diversas explicaciones al porque de la muerte y qué pasa con la persona cuando muere.

El culto a los muertos, o el tener rituales específicos ante la muerte de alguien cercano se viene practicando desde el neolítico; registros arqueológicos señalan la existencia de prácticas de enterramiento, lo que permite suponer la conciencia de la muerte y el dolor por la pérdida de algo querido.

Hallazgos en España confirman que los homínidos que habitaban esa zona hace 300,000 años (*Homo Antecesor*), realizaban conscientemente y con un comportamiento ritual y simbólico los enterramientos de sus congéneres.

El poema de Gilgamesh redactado hace 4000-5000 años, es donde se encuentra la más primitiva descripción del proceso del duelo y sus respectivos rituales, periodo en el cual cobraban total dramatismo y realidad; la muerte señalaba que algo había pasado en la comunidad, haciendo grandes y fastuosas pausas, la muerte de un individuo afectaba en todo la continuidad del ritmo social.

Los antiguos egipcios seguían una elaborada serie de rituales funerarios, estos servicios funerarios eran accesibles para todo aquel que pudiera pagarlos; estos ritos eran considerados necesarios para asegurarse la inmortalidad tras la muerte. Los faraones por lo tanto, eran los que gastaban mayores recursos en sus propios ritos funerarios; en cuanto ascendían al trono ordenaban la construcción de su tumba y barca funeraria, así como la recolección del ajuar funerario que sería depositado en dicha tumba, lo que atraía a los ladrones, por lo que el diseño de estas era sumamente complicado.

Los ritos que se llevaban a cabo incluían la momificación, necesario para que el *ka* o la “fuerza vital” tuviera un sitio donde habitar tras la muerte, proceso que se completaba en

aproximadamente 70 días; la pronunciación de hechizos mágicos, para reanimar simbólicamente a la momia; y la inclusión de objetos muy específicos en las tumbas, necesarios para llegar y “vivir” a salvo en la otra vida.

En la antigüedad clásica, debido al carácter dramático del duelo era muy frecuente el rito de las plañideras, así como el luto riguroso. En las culturas precolombinas el color negro representaba lo femenino-nocturno-inframundo y el rojo representaba lo masculino-diurno-terrenal.

Los juegos fúnebres son otro ritual de esa época, se llevaban a cabo durante los nueve días tras el fallecimiento, donde se realizaban carreras de carros, el pugilato, la lucha, la carrera, el combate, el lanzamiento del peso, el juego del arco y el lanzamiento de jabalina, tal como se menciona en la *Ilíada* durante los funerales de Patroclo.

La duración del duelo en épocas más antiguas solía ser corta pero muy intensa, durando uno, siete o nueve días, en épocas posteriores pasó a durar hasta un año, sin embargo las expresiones del duelo se presentaban con una mayor moderación, con una expresión natural y no fingida de la tristeza y las lágrimas.

En Grecia como en Roma el rito funerario de los muertos era un deber sagrado, ya que no realizarlo significaba condenar al alma a errar sin descanso, lo que se convertía en un peligro “real” para los vivos, ya que estas almas eran consideradas maléficas. Los romanos desarrollaron complejos ritos en torno a la muerte; tal como la *novendalia*, banquete fúnebre que se realizaba a los nueve días de la cremación y entierro del difunto.

Durante el periodo de los antiguos cristianos, el alquilar plañideras era una costumbre muy extendida, lo que empezó a ser rechazado por figuras eclesiásticas como San Juan Crisóstomo, quien tachaba a las plañideras de paganas; así como los Cánones del Patriarcado de Alejandría, quienes condenaban: “los que están en duelo deben limitarse a la iglesia, al monasterio, a la casa, silenciosos, calmos y dignos, como deben serlo los que creen en la verdad de la resurrección” (Ariès, P., 1977).

En la primera edad media, los ritos fúnebres se vieron dominados por la familia y amigos del difunto, el papel de la iglesia se reducía a la absolución ántuma y póstuma. Se escenificaban dos actos seguidos e inmediatos a la muerte; primero, al constatarse la muerte, estallaban violentas manifestaciones de desesperación alrededor del fallecido, contrastando así con su estado calmado e inmóvil. Segundo, un “guía” o “director” del duelo se encargaba de las palabras de despedida, haciendo especial hincapié en la espontaneidad de los presentes. Esto duraba algunas horas; en el tiempo del entierro (duraba hasta un mes en ocasiones especiales) la gente se vestía de rojo, verde, azul y se usaban los vestidos más hermosos para honrar al muerto.

Durante la segunda edad media la tendencia se inclinaba desde el momento de la muerte hacia la dignidad y el control de uno mismo, lo que expresaba la angustia que vivía la comunidad ante el deceso; sin embargo, se recibían visitas, lo que rehacía la unidad del grupo, así las ceremonias fúnebres se convertían también en una fiesta, donde con frecuencia las lágrimas desaparecían.

Después del establecimiento de las órdenes mendicantes durante el mismo periodo (carmelitas, agustinos, capuchinos y dominicos), la ceremonia de duelo, el velatorio y el entierro cambió de naturaleza, la familia y los amigos fueron silenciados, a partir de ese momento y durante los siglos XII y XIII, los papeles principales los tendrán los sacerdotes. El acompañamiento pasa a convertirse en una solemne procesión escolástica.

En los siglos XVI, XVII y XVIII, las procesiones se hicieron menos numerosas y las ceremonias fúnebres pasaron a ser relacionadas con la sencillez, la expresión de dolor no es admitida, se pasa en silencio, la noticia de una muerte debía ser tomada con frialdad, así mismo los sobrevivientes tenían dos opciones, buscar rápidamente un reemplazo de la pérdida o “retirarse del mundo” esperando su propio fin, por otro lado, fue en el siglo XVI cuando el color negro se establece como prenda de luto. A partir de entonces el duelo comienza a perder su finalidad primaria, “liberar” el dolor.

Durante el siglo XIX la muerte paso a ser algo muy familiar y natural, el ejemplo claro es la familia numerosa con determinado número de hijos, de los cuales sobrevivió otro cierto número; existía incluso una reticencia a ponerle nombre a los niños al nacer, esperando un tiempo prudencial para considerar sus posibilidades de supervivencia.

Ya en el siglo XX el periodo de duelo se convierte en un periodo de “visitas”, de los familiares, amigos, compañeros de trabajo, a la casa, al velatorio, al cementerio, por lo que la muestra de expresiones ante la muerte se ve regulada por los juicios sociales, si se llora mucho es sospechoso, “tiene remordimientos”, igualmente sospechoso si no se llora, “no le quería lo suficiente”; por lo que los dolientes optan por mostrarse con un llanto visiblemente moderado, dejando su verdadera expresión en la intimidad donde se manifiesta con la intensidad necesaria. Así el sobreviviente queda aplastado entre el peso de su pena y el del juicio de la sociedad.

CONFIGURACIÓN DEL CONCEPTO DE MUERTE

*“Filósofos y médicos han querido siempre definirla,
pero siempre será un misterio existencial,
pues cada ser humano la vive en otros
y cuando esta experiencia le llega, no vive para contarla”*

Configuración del concepto de muerte

En la actualidad, al incrementarse la esperanza de vida, gracias a la medicina, la muerte se ha hospitalizado, por lo que se ve como un fenómeno muy lejano, así, actualmente es asociada a instituciones de salud, es decir, se ha vuelto algo ajeno a la mayoría de las personas, de acuerdo con Kastenbaum (1972) esto se debería al temor desarrollado desde tempranas edades hacia la muerte, sin embargo, esto varía de acuerdo a la educación recibida, el contexto cultural, experiencias previas con la muerte, religión, etc.

A partir de la hospitalización de la muerte y el encarnizamiento terapéutico, pareciera que se vive en un periodo de negación ante la existencia de la muerte; gran parte de las actitudes que se muestran ante ella surgen y se consolidan en la infancia. El origen del temor a la muerte se encuentra en las ansiedades del desarrollo infantil. Aunque se carece de un conocimiento innato sobre la muerte, el significado que se forme en el niño se aprende mediante la experiencia y elaboración de modelos aprendidos; sin embargo, es capaz de comprender en la medida en que los adultos no le oculten los hechos y le nieguen información.

Kastenbaum (1972), considera que el temor es la respuesta más típica e importante ante la muerte. Ante el miedo a la muerte y al morir, se pueden diferenciar tres niveles:

1. Personal - Temor al proceso de morir (¿cómo será? enfermedad terminal, dolorosa, muerte inesperada, en soledad, etc.), temor al castigo post-mortem (físico o espiritual, lo que varía de acuerdo con la religión de cada persona), temor a la precariedad económica propia y de los familiares, temor a la pérdida de la identidad propia, temor a la agonía.

2. De otro, generalmente familiares y amigos - Temor a los sufrimientos y duración de enfermedad, temor a visitar al moribundo o muerto, temor al funeral y el duelo, temor a sentir ausencia y abandono, temor a la separación, temor al espíritu del muerto (también depende de las creencias de la persona).

3. Miedo a lugares, situaciones u objetos - cementerios, funerarias, hospitales, los cuales la persona asocia con la muerte y el morir.

Isabel Rodríguez menciona que Rochlin expresa sintéticamente el proceso de toma de conciencia de la muerte en la infancia y su repercusión psicológica:

"Los niños muy pequeños parecen aprender que la vida se acaba. Se aplican esta información a sí mismos... La realidad clínica muestra que la visión que el niño tiene del proceso de morir y de la muerte son inseparables de las defensas psicológicas frente a la realidad de la muerte. Forman una firme matriz de creencias que toman forma pronto y de manera profunda en la vida emocional. Parece que no se altera a lo largo de la vida"

Al niño la muerte le produce extrañeza, ya que no está acostumbrado a escuchar sobre ella, la palabra muerte normalmente es cubierta con un manto de sinónimos "dulcificadores", se durmió, se fue al cielo, ya descanso, se fue al mas allá, etc., simplemente han escuchado muy poco o nada acerca de la verdadera muerte, aquella que es universal, inevitable e irreversible.

Los menores alcanzan un entendimiento de los conceptos de enfermedad y muerte en diferentes etapas, ya que es un concepto abstracto y complejo, depende de su nivel evolutivo y madurez cognitiva más que de su edad cronológica, influyendo aspectos tales como la cultura, educación, sociedad, religión y experiencias previas, así como las actitudes de los padres hacia la muerte y la capacidad de hablar abiertamente sobre el tema. El niño rural, por ejemplo, se percata de la realidad de la muerte antes que el niño urbano, ya que en los pueblos, la experiencia y los contactos con la muerte son más directos, además de llevar a cabo rituales más complejos.

Durante la etapa prelingüística (primeros 18 meses) no existe alguna evidencia de que tengan conocimiento de qué es la muerte o la enfermedad. Perciben las separaciones significativas aunque no lo entiendan, lo que han demostrado niños que han sido separados de sus madres, se muestran apáticos, callados y no responden a sonrisas o arrullos, también se observan cambios fisiológicos como pérdida de peso, desvelo y falta de actividad.

Entre los 2 y 3 años empiezan a comprender lo que es la enfermedad, ya que a esas edades lo más probable es que ya hayan tenido una experiencia previa con la propia enfermedad, ante el avistamiento de la muerte se ven desconcertados y hacen muchas preguntas para salir del desconcierto, sin embargo, perciben la muerte como una separación temporal y reversible. Creen en su invulnerabilidad e inmortalidad personal. El temor a la muerte llega a asociarse con el temor a la separación y el abandono.

En la etapa preescolar (4-5 años) con un lenguaje significativamente avanzado, los niños asocian la característica de inmovilidad con los organismos muertos, la diferencia entre la vida y la muerte es equivalente a lo dinámico y lo estático. El estado de sueño es la primera identificación con la muerte, por lo que para ellos la muerte es algo temporal; normalmente entendida como causada por una fuente externa sin posibilidad de rescate. Con base en su pensamiento mágico, los niños creen que los muertos comen y respiran (viven) en el lugar al que hayan ido, por una atribución animista de emociones a los muertos. Es normal que en esta etapa perciban la enfermedad y la muerte con un castigo a malos pensamientos y/o emociones (Gonda y Ruak, 1984).

Entre los 3 y 6 años hace el reconocimiento de la posibilidad de la propia muerte como consecuencia de que lo maten (agente externo), por lo que en este periodo pueden expresar su ansiedad con respecto al morir. Cuando el niño descubre la mortalidad de los padres y la propia, pierde su percepción de omnipotencia y autosuficiencia.

Llegando a la etapa escolar (entre los 5 y 9 años) saben que los organismos muertos, además de inmóviles, desaparecen, tienen conciencia de la irreversibilidad e inevitabilidad de la muerte. Se piensa en la muerte como selectiva (solo mueren los ancianos). Normalmente tienden a personificarla, como un ser sobrenatural, un ángel, espíritu, fantasma, etc., lo que hace que sigan considerándola un agente externo. Muestran un mayor miedo a la mutilación que a la muerte en sí.

Alrededor de los 9-10 años, los niños comprenden la muerte, la distinguen y se dan cuenta del sentido que tiene como distinto del vivir; sin embargo, no tienen una imagen de la

misma. Pueden mostrar temor a morir, por lo que probablemente no deseen hablar del tema; se comprende que la muerte es un hecho universal, por lo tanto, que también les sucederá a ellos, y empiezan a buscar “causas potenciales” que puedan originarla, ya que en esta etapa se entiende la relación causa-muerte, por lo que las causas dejan de ser un agente externo, la muerte entonces, puede pensarse como generada por algo interno.

Durante la fase de latencia (9-12 años) muestran poca expresividad y preocupación con respecto al tema, probablemente por represión de la ansiedad ante la muerte y negación de la muerte personal, o simplemente puede ser el hecho de que todavía se ve como algo lejano.

Massa (1987) distingue únicamente tres etapas, las cuales son coincidentes con los estadios evolutivos de Piaget.

1. 5 – 7 años. Dificultad para definir la muerte. Evoca únicamente casos extremos como la vejez, lo cual aleja de él la posibilidad de morir; el lugar de los muertos es el cielo o el infierno. Niegan que los muertos puedan existir y no aceptan la posibilidad de retorno.
2. 7 – 11 años. Aumenta la capacidad para definir y actuar sobre los acontecimientos no presentes. Cambia la forma de exponer las causas de la muerte y conciben la existencia de razones internas biológicas. Se acepta la irremediabilidad, universalidad e inevitabilidad del fenómeno.
3. 11 – 14 años. Especula objetivamente sobre la muerte, y se suele considerar como el fin de la historia individual. Hay una mayor finura en el análisis de los sentimientos y expresan las razones de sus propias acciones.

Estas etapas, a pesar de ser mucho más extensas con respecto a edades, van más allá de la etapa de latencia, llegando a la pubertad – adolescencia.

ANTE LA MUERTE ¿CÓMO EXPLICARLE QUÉ PASÓ?

*“La vida de los muertos
está en la memoria de los vivos”*

Cicerón

Ante la muerte ¿Cómo explicarle qué pasó?

La muerte cobra significado para un niño cuando alguien que conoció de pronto desaparece. Así sea un niño pequeño (3 o 4 años) es normal que tome conciencia de la muerte el día específico en el que alguien muere, lo que lo hace reaccionar; el proceso de duelo del niño se puede facilitar si los adultos se muestran honestos, usan un lenguaje directo e integran al niño en los rituales relacionados con el fallecimiento. Resulta una oportunidad para propiciar y animar a los niños a que externen lo que saben, sienten y piensan acerca de la muerte.

Antes que nada se debe tomar en cuenta la relación de cercanía que tenía el niño con el difunto, sabemos que el vínculo que se tenía con la persona es lo que establecerá la intensidad o el nivel del impacto ante la muerte del ser querido, así como el duelo.

Lo más importante es no tratar de engañar, evitar fingir que no ha pasado nada, que el fallecimiento no ha ocurrido o que su vida no cambiara en nada. Dar una versión falsa carece de utilidad y sentido.

La explicación que se le dé al niño se debe mantener tan simple y directa como sea posible, contestando sus preguntas con honestidad y sin rodeos, se debe decirle la verdad, con detalles suficientes para su nivel de comprensión. Hablándole del fallecido con la mayor naturalidad posible, en pasado, “la abuela *vivió* muchos años”, “el tío Juan *tenía* una enfermedad muy, muy grave”.

La explicación debe incluir palabras concretas como cáncer, muerte, enfermedad, murió, evitando los eufemismos que pueden ser malinterpretados y confundir al niño, como “está en el cielo”, “ahora es un angelito”, así como tener cuidado para evitar dar descripciones terroríficas o macabras “los pecadores se van a sufrir por la eternidad al infierno”.

Para responder a sus preguntas adecuadamente, lo mejor es intentar tener empatía con el grado de desarrollo y el contexto emocional en el que se encuentra el niño, la mayoría aun no tiene la capacidad para entender sus propias emociones. Resulta útil el hablarles de la pérdida común y del dolor y la tristeza que todos sienten, así se sentirá comprendido y contenido;

también permitirles la expresión de sus emociones sin estimularlas (llora todo lo que puedas, de mayor no lo podrás hacer) o reprimirlas (tienes que ser fuerte y tragarte esas lagrimas), ayudando a interpretarlas y exteriorizarlas. Es beneficioso que el niño comprenda el dolor y pueda expresarlo en el momento y de forma adecuada; si el niño ve que el resto de los adultos se encuentran afligidos al igual que él, le ayudará a valorar la vida. Si se habla de la muerte sin la parte que causa dolor, el niño podría interpretarlo de manera errónea, entendiendo que la persona muerta no solo era insignificante sino que tampoco será extrañada, y que lo mismo podría suceder con él.

Los pequeños pueden y deben ser incluidos, participando activamente en los rituales que se lleven a cabo, alrededor de los cuatro años tienen la edad suficiente para comprenderlos, lo que ayuda (a todos) a recordar a la persona amada. Se les debe animar a tomar parte en los aspectos en los que se sientan cómodos, sin forzarlos; si el niño va a participar en cualquier ritual, hay que explicarle por adelantado, en qué consiste, como debe comportarse y qué es lo que puede esperar (personas lamentándose, entrando y saliendo del lugar, etc.).

Con respecto a la percepción directa del cadáver, si el niño expresa su deseo de verlo, esto debe llevarse a cabo con total naturalidad, buscando un momento de tranquilidad, si es posible de privacidad con el cadáver, lo cual le daría también oportunidad de despedirse.

No es necesario que el padre o la madre ayuden al niño durante el proceso, se puede escoger un adulto de confianza, un familiar cercano e incluso un profesional para ayudar al niño.

Pasados los rituales hay que evitar el precipitarse a remover de la casa o las conversaciones todos los indicios de la persona fallecida, ya que esto puede dar a entender al niño que la persona para la familia nunca existió, que está mal hablar de ella, y que lo mismo puede pasar con él si muere.

Si pasado el tiempo se acude al cementerio, lo mejor es convertir la visita en una oportunidad de recordar al fallecido, qué hacía, qué decía, cómo era; evitando así convertirlo en un deber penoso.

Cuando el que muere es un animal de compañía se debe dejar que el niño manifieste su pena abiertamente, sin minimizar su dolor por el hecho de que era “solo un animal”, la intensidad del duelo, como ya se ha mencionado, depende del vínculo que se tenía con el fallecido. Lo más apropiado es permitirle despedirse de su mascota, e incluso se puede hacer una pequeña ceremonia al enterrarlo, o hacer uso de los servicios de funerarias especializadas en mascotas.

Ya que el niño ha aceptado la muerte, es normal que manifieste su tristeza de vez en cuando a través de un largo periodo de tiempo, a veces en momentos inesperados. Ante estos comentarios, lo mejor es que sus cuidadores le dejen en claro que está bien y tiene permiso para manifestar sus sentimientos libre y abiertamente.

REACCIONES NORMALES Y REACCIONES DE RIESGO

*“La fuente de todas las miserias para el hombre no es la muerte,
sino el miedo a la muerte”*

Epicteto

Reacciones normales y Reacciones de riesgo

Los buenos o malos efectos de la experiencia vivida por los niños influirán por mucho tiempo en su vida.

La desesperanza y la negación a aceptar que una ausencia pueda ser definitiva es común en los niños, rasgos que permanecen en la adultez cuando se intenta cubrir la falta de la persona con ritos o guardando objetos evocadores, como seguir acudiendo al mismo restaurante cada aniversario de matrimonio después de fallecido el esposo, guardar el suéter favorito de la abuela, no salir sin el collar que regaló mamá antes de fallecer, etc.

Si el niño mantenía una relación próxima con el difunto, lo más probable es que lo que siente, lo saque al exterior de forma brusca, normalmente ira, exteriorizándolo en pesadillas, juegos violentos, se muestra irritable, como si estuviera enojado con el resto de las personas por seguir vivas.

En algunos casos se experimenta un retroceso, como lo es el realizar acciones anteriores, volver a mojar la cama, hablar como niño muy pequeño, etc., es decir mostrar una regresión en el proceso evolutivo.

Los niños alrededor de los dos años desconocen el fenómeno de la muerte como tal, sin embargo son capaces de percibir la ausencia de las personas que ya no están y eran significativas para ellos, normalmente muestran conductas de protesta, desesperación, desapego y ansiedad.

Durante la etapa preescolar, debido al pensamiento mágico, el deseo de que alguien desaparezca, se equipara al deseo de muerte, por lo que puede surgir en ellos el sentimiento de culpa cuando el otro realmente muere.

Es normal que durante las semanas siguientes al fallecimiento de alguien cercano, el niño sienta una tristeza profunda o que crean que el ser querido continúa vivo. Sin embargo, la

negación a largo plazo a admitir que la muerte ocurrió, o el evitar toda demostración de tristeza no es saludable y puede resultar en problemas severos en el futuro.

Si parece no mostrar una curiosidad normal, puede ser señal que la muerte ha provocado en el niño más ansiedad de la que es capaz de soportar y lo manifiesta fingiendo que no le preocupa en lo absoluto.

Comportamientos como la falta de curiosidad, pueden dar cuenta, de que el duelo no está desarrollándose de la mejor manera, algunos muy evidentes, como las pesadillas intensas y recurrentes o la incapacidad de quedarse solo, ya que le provoca un miedo intenso.

Otros comportamientos no son tan notorios para los cuidadores primarios, ya que no se les puede vigilar 24 horas al día, por lo que lo mejor es hablar con otros cuidadores, como los maestros del niño quienes pueden percibir actitudes como al interactuar con sus compañeros, no juegan con ellos como antes, se aíslan del grupo, o el bajar significativamente en su desempeño escolar. También puede evitar repetidamente acudir a la escuela, alegando infinidad de razones, de las que muchas carecerán de sentido.

Perder el interés por todas aquellas cosas que antes disfrutaba realizar, rechazando rotundamente realizarlas a pesar de intentar estimularlo a hacerlo, como no querer ir a jugar al parque con sus amigos, faltar a partidos de fútbol que había estado esperando con ansia, etc.

En conjunto con estos focos rojos, un periodo prolongado de depresión, así como el perder el apetito o incrementarlo, padecer insomnio o hipersomnia, son muestras claras de que el niño requiere ayuda profesional, ya que dan cuenta de que el niño no se encuentra bien, probablemente por un duelo complicado.

En la tabla 1 se muestra un resumen del pensamiento que tiene el niño de acuerdo a la edad, así como las posibles manifestaciones ante la muerte de una persona cercana.

Edad	Pensamiento	Manifestación
Hasta los 2 años	No hay comprensión cognitiva de la muerte. La separación maternal es percibida.	Pasividad, irritabilidad, pérdida de sueño y peso.
2 – 6 años	La muerte es similar a dormir.	Miedo al abandono.
	Los muertos viven de otro modo, en otro lugar.	Trastornos en el apetito, sueño y control de intestinos y vejiga.
	La muerte es temporal.	Rabietas.
	La muerte es reversible.	Pensamiento mágico – culpa.
6 – 9 años	La muerte se personifica (ángel, espíritu, fantasma, etc.)	Curiosidad sobre la muerte. Hace preguntas concretas.
	La muerte es final y asusta.	Puede presentar fobias. Mostrarse agresivo, especialmente varones.
	La muerte no es universal (le sucede a otros, no a mi).	Manifestaciones hipocondriacas. Puede sentirse abandonado.
	9 en adelante	Todo el mundo morirá.
La muerte es final e irreversible.		Miedo al rechazo, miedo a diferenciarse de sus pares. Trastornos alimenticios. Trastornos del sueño.
Es inevitable que incluso yo muera.		Anhedonia. Impulsividad. Culpa por haber sobrevivido (sobre todo ante la muerte de un hermano o compañero).

Tabla 1. Pensamiento y reacciones del niño de acuerdo a la edad.

EDUCACIÓN TANATOLÓGICA BÁSICA

*“Para una mente bien preparada,
la muerte es sólo la siguiente gran aventura”*

Albus Dumbledore

Educación Tanatológica Básica

En la sociedad a la que pertenecemos, hablar de la muerte y el morir se considera tabú y hablar de “eso” es ser morboso, por lo que hay una gran falta de educación hacia los niños, los padres y educadores evitan tocar el tema, a veces incluso por completo, ya que ellos mismos se sienten angustiados ante la mención de la muerte, no han logrado afrontar y resolver sus propios temores, como lo mostró claramente una entrevistada, “no hay necesidad de hablar hasta que el niño tenga cierta edad... no hay porque angustiar a los niños por lo que tenemos que pasar todos los seres vivos”, lo más probable es que los niños se angustiaran si quien se los explica se nota claramente angustiado.

Evitan que los niños presencien situaciones que a su punto de vista resultan desagradables, renovando a escondidas su mascota muerta, por ejemplo, lo cual parece un acto inofensivo e incluso de amor y protección, negándole al niño la posibilidad de un acercamiento a la muerte, “falleció un primo muy querido cuando tenía 7 años, pero me enteré mucho tiempo después”, lo cual puede tener repercusiones en la relación del niño con los adultos, ya que si el niño descubre el engaño, lo único que se consigue es producir desconfianza y distancia entre el menor y los adultos, también ayuda a incrementar el temor y el rechazo a la muerte.

Algunos autores como Kane (1979) y Weininger (1979), basándose en opiniones de padres y educadores, sesiones de juego con niños, entrevistas abiertas, redacciones sobre la muerte e incluso haciendo preguntas concretas, recomendaban la educación de los niños acerca de la realidad y el sentido de la muerte desde las primeras etapas de la vida; consideraban que las respuestas evasivas a las preguntas de los infantes en un momento de pérdida, confunden y producen mayor ansiedad; la deficiencia o ausencia de educación tanatológica, se convertirá en una carga de angustia de muerte.

Jara Albán menciona a un grupo de educadores de la Universidad Autónoma de Madrid, quienes defienden la inclusión del tema de la muerte en las escuelas, tal como sucedió con la educación sexual, *“porque aprender a entender la muerte, es lo más propio y universal que nos*

sucede a los seres humanos". Agustín de la Herrán Gascón, profesor de la misma universidad, considera necesaria la inclusión de la muerte como contenido educativo: *"Creemos que si desde las aulas no se incluye el tema de la muerte desde un contenido global y ordinario, no se estará enseñando a vivir completamente"*. Para Herrán la muerte como la vida entera debe entrar en las escuelas trabajándolo con la mayor naturalidad para una buena formación.

Introducir en la escuela un tema como la muerte resulta muy controvertido, algo que ocurrió (e increíblemente sigue ocurriendo en algunos sectores) cuando se introdujo la educación sexual, causando polémica y debates en medios de comunicación; la muerte resulta más polémica ya que es asociada al dolor, y oscurecida por creencias y ritos, lo que lo hace un tema muy poco deseado.

Se piensa que la muerte sólo se puede explicar desde una perspectiva espiritual – religiosa, lo que convierte el tema en algo personal, como lo mencionó Lourdes, *"No estoy de acuerdo en que la escuela quiera educar sobre la muerte. Cada familia/persona tiene creencias de fe muy particulares, donde la muerte es parte fundamental. El tema debe ser parte de los valores familiares de casa"*.

Como menciona Jackson (1986) en *Dialogo en el seno de la familia*, el mayor problema reside en cómo proceder que en decidir cuándo empezar a hablar, los niños serán los que en algún momento preguntarán, y la mayoría de los niños le dan una gran importancia a la muerte, a lo que ellos consideran que es la muerte dependiendo su edad, lo que discrepa con la atención que se presta a el tema en la formación escolar.

Yalom (1984) menciona que existe una marcada discrepancia entre la importancia que tiene la muerte para el niño y la atención que se presta a este tema en la formación escolar, ya que existen ocasiones en las que incluso cuando el niño expresa su curiosidad y necesidad de información acerca de un fenómeno tan importante e impactante para él, le es por completo negada la oportunidad de aprendizaje o la información es disfrazada e incluso completamente inventada y ajena a la realidad.

Ma. Isabel Rodríguez Fernández expresa que lo principal para una adecuada educación tanatológica, *“es que los adultos aprendan a asumir este tema y a superar sus propios temores, poniendo énfasis en el sentido de la vida y su belleza, buscando un significado personal para la propia vida y para la propia muerte. Y si no hemos sido capaz de clarificar nuestras ideas al respecto, es preferible mostrar nuestra incertidumbre que el eludir hablar de ello con los niños”*.

La idea principal en incluir el tema de la muerte en las escuelas, es que los niños comprendan los tres componentes principales del concepto abstracto y complejo que es la muerte, que son, la inevitabilidad, irreversibilidad y universalidad; sin ofrecer una explicación espiritual consoladora, ya que el hacerlo significaría contraponerse con la escuela laica. Si se tratara de una escuela religiosa, podría incluir sus creencias y costumbres fúnebres al tema. La meta de la educación tanatológica sería el que el niño entienda la muerte como una experiencia universal que representa el final de la vida corpórea. El conocimiento le dará seguridad y aumentará su capacidad de razonamiento lógico.

Al introducir el tema de la muerte en el contenido académico, necesariamente se tendría que capacitar a profesores y orientar a los padres, incluso en las escuelas religiosas, para evitar lo que compartió Lourdes en una entrevista, *“a mi hija la llevaron de visita al cementerio donde están sepultados los sacerdotes de la escuela donde estudiaba. Fue traumático. A la fecha tiene temor a la muerte.”*; los padres y maestros tendrían que mantenerse en constante comunicación para esclarecer adecuadamente las dudas que surjan en el niño a partir del *“descubrimiento”* del tema, lo mejor sería que se tomara con la misma naturalidad que al explicar el ciclo del agua, o el sistema solar.

El temario a desarrollar incluiría:

1. El concepto de muerte, básico, como aparece en el diccionario, *“la muerte es la cesación o término de la vida”*, explicando características físicas, tales como la inmovilidad, la temperatura, rigidez, etc., efectos naturales del cuerpo tras el deceso, explicados como antes se menciono con total naturalidad, por ejemplo, tal y como se explican los estados del agua.

2. Los tres puntos clave para el entendimiento del fenómeno: la muerte es UNIVERSAL, IRREMEDIABLE e IRREVERSIBLE
3. Ya que la tanatología no sólo se ocupa de duelos por muerte; se hablaría además, de otros tipos de pérdidas, pérdida de la salud, cambio de residencia, cambio de escuela, divorcio, incluso la salida de primaria; todo esto reforzado por una serie de ejercicios enfocados a tolerancia a la frustración, identificación, expresión y manejo de sentimientos, así como la identificación de las etapas del duelo.
4. Actividades extras como cineclub o círculos de lectura y debate, películas como *Hermano oso*, *El mundo mágico de Terabithia*, *El rey león*, *Marley & yo*, o capítulos seleccionados como *Siempre te recordaré Bigotes* de la serie infantil *Charlie y Lola* resultan muy útiles para abrir el tema con los niños, libros como *La muerte chiquita* de Ignacio Loranca, *Para Siempre* de Alan Durant o *¿Dónde está el abuelo?* de Mar Cortina, etc., los cuales están enfocados a ciertos duelos, como la pérdida de un abuelo, de un hermanito, amigo, etc.
5. Si se tratara de una escuela religiosa, se podría incluir la explicación de sus propios ritos funerarios, así como de sus creencias en cuanto a que pasa después de la muerte, como ya se dijo antes, tal explicación debería de ser proporcionada por alguien capacitado, con esta información el niño sabría cómo y qué procedería ante alguna pérdida dentro de su comunidad religiosa.

La educación tanatológica propuesta ayudaría a que los niños a corto, mediano o largo plazo manejaran sus propias pérdidas de la mejor manera posible, entre otras cosas, ya que no sólo se enfocaría en dar información; las actividades a desarrollar, además de funcionar como integradoras de grupo, servirían como aclarador de dudas e intercambio de ideas y costumbres, lo cual beneficiaría además, la disminución de la discriminación o disgregación en los grupos, también, los mismos niños podrían reconocer señales de alarma en compañeros, lo cual podría ayudar a disminuir las tasas de depresión y suicidio en niños y adolescentes.

CONCLUSIONES

*“Hay una tierra de los vivos y una tierra de los muertos,
y el puente que los une es el amor,
lo único que sobrevive,
lo único que tiene sentido”*

Thornton Wilder

Conclusiones

La mayoría de las personas que participaron en las encuestas realizadas tuvieron al menos una experiencia con la muerte en su infancia, algunos recibieron explicación de lo que había sucedido, aunque enfocada más hacia la religión, otros no tuvieron explicación alguna, como compartió María, quien al fallecer su abuela no fue notificada por sus padres, sino hasta el día siguiente al recibir el pésame en su escuela a la edad de seis años; este tipo de experiencias demuestra la falta de educación tanatológica de padres a hijos, quienes en teoría deberían ser los educadores de cosas básicas de la vida, la sexualidad y la muerte, temas con los que la sociedad parece peleada, por lo que los ha convertido en tabú.

Hay quienes a pesar de saber que la muerte es un hecho inevitable se muestran completamente negados a hablar de ello con los pequeños, así, dejan pasar “ese” tema, dejando sin explicación a los niños ya que no lo consideran necesario.

La mayoría de las explicaciones recibidas de sus padres y abuelos giraban en torno a la religión, más específicamente a la religión católica, con discursos como “si te portas bien te vas al cielo, si te portas mal te vas al infierno”, “ya no va a estar con nosotros, ahora está con Dios”, muchos expresaron que probablemente seguirían la misma línea con sus hijos, sin embargo admitieron que estas explicaciones los confundía o angustiaba más. Algunos mencionaron que optarían por una explicación más enfocada al proceso natural por el que todos debemos pasar, como compartió Renata, “les diría que la muerte es tan solo parte del ciclo de la vida, que en ocasiones ocurre a temprana edad y en otros momentos cuando ya uno es muy viejo, que duele pero que todas las personas deben seguir con su vida y que en lugar de decirles que no sufran, enseñarlos a enfrentar la vida, con el conocimiento de que esa persona, animal, planta ya no está”.

Es cierto que hablar de la muerte y las pérdidas no es sencillo, sobre todo con adultos, quienes tienen más arraigado el miedo y la angustia de muerte, por lo que algunos entrevistados mencionaron que si se diera educación tanatológica en las escuelas tendría que

ser con “mucho tacto en la manera de hacerlo”, “responder exactamente lo que el niño pregunte y no hablar de más”, y “siempre y cuando se hiciera con un manejo pedagógico adecuado”, por esto mismo se menciona que se tendría que capacitar a profesores y padres.

La menor parte de los entrevistados se mostró en desacuerdo respecto a la impartición de educación tanatológica, expresando preocupación con frases como “no hay porque angustiar a los niños”, sin tomar en cuenta que muchas veces la angustia proviene de los propios padres y la forma en la que se muestran al explicar el tema; “cada familia tiene creencias de fe muy particulares, donde la muerte es parte fundamental; el tema debe ser parte de los valores familiares de cada casa”, respecto a este punto, se menciona anteriormente que las creencias religiosas se dejarían completamente de lado en una escuela laica, no así en una religiosa, en la cual se tendría la libertad de elegir si hablar o no del tema desde un punto de vista religioso.

Hubo quienes consideran muy necesaria esta educación tanatológica por lo que debería tener continuidad, esto es, no solo impartirla durante la educación primaria, sino seguir con esta educación hasta nivel secundaria y medio superior, ya que se considera que jamás se está preparado para afrontar una pérdida.

Se puede inferir que la educación tanatológica resultaría bien aceptada presentando un completo plan de impartición del tema, con el personal calificado y profesores y padres bien capacitados y orientados, lo que no sólo resultaría benéfico para los niños, ayudaría también a profesores y padres a lidiar con sus propias pérdidas y angustias, resultado de su propia educación tanatológica cuando eran niños. A largo plazo, la comunidad abordaría más apropiadamente sus duelos y manejaría de mejor manera sus pérdidas.

IMPLICACIÓN

“Es duro aprender de la vida a través de la muerte”

Bruce Joel Rubin

Implicación

Mi mayor motor desde hace unos años es mi hija, me llena de interrogantes, sobre todo cuando se trata de su educación, cómo hacerla una persona, con principios e ideales que defender, enseñarla y acompañarla a que viva la vida y no fallezca en vida.

Ella ha tenido pérdidas, en nuestra casa las mascotas son familia, recientemente fallecieron dos de ellas, y considero que he podido orientarla a hacerse un propio concepto sobre la muerte en cuanto a lo espiritual, y comprende lo que es la muerte físicamente hablando y las causas que la provocan, así como a entender que está bien y es mejor expresar lo que sentimos en el momento adecuado.

Si mi hija ha podido entender lo que es la muerte y ha sobrellevado sin mayor problema dos procesos de duelo, mi supuesto es que otros niños tienen la misma capacidad que ella, cómo apoyarlos a ellos, ahí surge este trabajo.

Al realizar las entrevistas, la mayoría de los participantes fueron amigos, familiares y conocidos o compañeros de ellos, por lo que algunas de las experiencias compartidas me eran familiares por formar parte de mi propia experiencia o historia de vida, algunas otras me resultaban completamente desconocidas y otras me ayudaron a comprender mejor a la persona que me confiaba su vivencia, para mi resultó una forma de acercarme a ellos de un modo completamente diferente a lo convencional.

Algunos se mostraban muy angustiados al tocar el tema, daban muchas explicaciones sobre lo que menos les causaba angustia o al contrario, lo que más se las causaba, algunos pedían mi opinión y otros se sentían juzgados o analizados, a todos les agradecí su participación y espero que a todos aquellos que me preguntaron cómo se lo explicaría yo a mi hija, sepan que lo hago con “Una mirada diferente...”

Una mirada diferente...

Todos los niños están interesados en la muerte; es una de las curiosidades más naturales. Pero en lugar de responderles, porque todas las respuestas serán falsas, digamos que no sabemos, que ya veremos cuando nos muramos, que la muerte es una de las cosas que no se pueden decir nada excepto una cosa: regresamos a casa, que volvemos al mismo lugar de donde hemos venido. Es como si un pájaro entra en una habitación, aletea durante unos segundos y escapa por otra al exterior. Nosotros sólo sabemos del pájaro cuando está en la habitación. No sabemos de dónde viene; no sabemos adónde va. Lo único que conocemos es ese pequeño lapso de tiempo. Mientras el pájaro estaba en el interior de la habitación.

Hagamos consciente al niño del misterio. En vez de darle una respuesta es mejor hacer consciente al niño del misterio que le rodea, de modo que empiece a sentir más asombro, a tener más capacidad de maravillarse.

Osho, filósofo hindú.

Bibliografía

*“La muerte sólo es otro camino
uno que todos debemos tomar”*

Gandalf el blanco

Ariès, Philippe (1977), *El hombre ante la muerte*, Editions du Seuil

Cortina, Mar (2001), *¿Dónde está el abuelo?*, Tándem

Durant, Alan (2009), *Para siempre*, Perú, Editorial Planeta.

García Hernández, Alfonso M. (2001), *La muerte*. Niños

Gonda Thomas, Andrew (1984), *Dying dignified: The health professional's guide to care*, California, EUA, Addison-Wesley.

Homero, *La Ilíada*, siglo VIII a.C.

Jackson, E. (1986), *Diálogo en el seno de la familia*, en Sociología de la muerte, Madrid, España, Ed. Sala.

Jara Albán, Oscar. *Entender la muerte*

Kane B. (1979), *Children's Concepts of Death*, The Journal of Genetic Psychology, 134, 141-153.

Kastenbaum, Robert (2000), *The Psychology of Death*, 1972, New York, EUA, Springer Publishing Company, 3era edición.

Kübler-Ross, Elisabeth (1992), *Los niños y la muerte*, Barcelona, España, Ediciones Luciérnaga.

Loranca, Frontana Ignacio e Hinojosa Alberto (2009), *La muerte chiquita*, México, Fi Estudios.

Massa M.C. (1987), *El desarrollo del concepto de muerte en la infancia: Un análisis psicogenético*. Tesis doctoral. Universidad de Oviedo.

Neimeyer, Robert A. (1997), *Métodos de evaluación de la ansiedad ante la muerte*, Editorial Paidós.

Poema de Gilgamesh, II y I milenio a.C.

Redrado J.L. (1980), *El niño y la muerte*, Revista ROL, Año 2, no.22: págs. 35-49, Barcelona, España.

Rodríguez Fernández Ma. Isabel (2000), *Génesis y evolución de actitudes ante la muerte en la infancia*, Cuadernos de Bioética (2000; 11(41): 113-118)

Sahler O. (1983), *El niño y la muerte*, Madrid, España, Alhambra.

Weininger A., *Young Children's Concepts of Dying and Death*, Psychological reports, 44, 395-407.

Weininger, Otto (1979), *Play and Education: The basic tool for early childhood learning*, Illinois, EUA, Thomas.

Yalom Y. (1984), *Psicoterapia existencial*, Barcelona, España, Herder.

<http://www.babab.com/no06/muerte.htm> consultado 15/08/2011

<http://www.nlm.nih.gov/medlineplus/spanish/ency/article/001909.htm> consultado 15/08/2011

<http://tanatologia.org/ninos.html> consultado 15/08/2011

http://www.inteligencia-emocional.org/familia/el_nino_ante_la_muerte.htm consultado 16/08/2011

<http://www.maribelium.com/actitudesmuerte.htm> consultado 16/08/2011

<http://www.uchicagokidshospital.org/online-library/content=S06137> consultado 16/08/2011

<http://psicobloga.blogspot.com/2011/02/evolucion-del-concepto-de-muerte-en.html> consultado 16/08/2011

Ana Luisa Durán Ávila

LOS NIÑOS Y EL TEMA DE LA MUERTE.
EDUCACIÓN TANATOLÓGICA BÁSICA.

Generación 2010 – 2011